
2o. LUGAR

POEMAS

por Víctor Manuel Mendiola

V

Tomo un clavo y lo entierro en la mañana,
estoy cansado de sentir angustia.
Todo lo miro del color del hierro,
la boca se me duerme de leopardos.
Tú no comprendes nada de este miedo,
de esta prisión del aire que me rompe.
No ignoro los fantasmas que te acechan
pero estás ciega y no miras los míos.
Por eso me sumerjo en mi distancia
y recojo los miembros de mi carne;
nuestro calor descubre ángeles muertos.
Vete si quieres. La mañana empieza.
El sol recorre el cielo. Todo brilla.
Nada cesa. Hay clavos en las nubes.

VI

Me acerco al puerto umbrío de tu cuerpo.
Pongo mis manos sobre tu cadera
para poner mis labios en tus labios
y conocer el fruto de la carne.
Vibra tu piel combada en mi deseo
como una rama descendiendo herida.
Te alzo, te cubro con mi sombra espesa,
con el humo torcido de mis manos.
Pero el placer huye sin darnos cuenta.
Nos abandona, nos separa siempre;
nos arroja a la orilla del cansancio.
Entonces, recogemos nuestras prendas
y partimos con rumbo hacia otro sitio
esperando otro encuentro en otras horas.

XIII

VAN GOGH

Desde el lienzo de cuadro emerge el rostro,
oscila sobre la espectral textura
de la mirada que desciende en hierros,
en saltos obsesivos contra el aire.
Desciende del color azul cadáver,
del fondo que recubre cada línea,
cada puñal que sube por la espalda
como el viento tullido de un arcángel.
Mira en zona directa hacia la noche,
hacia la diagonal visión del tiempo,
hacia la tierra abierta en signo mudo.
Mira seguro el hueco que se cierne,
el cuervo que remoja la uña fría,
mira cómo se acerca ala con ala.

Fragmenta cada miembro de este espacio
ahora oscuro; puertas viejas, sillas
abandonadas, bóvedas, astillas,
perfumes carcomidos, eco lacio.

Después, enciende el fuego —el aire chilla
entre las vetas su tigre de topacio—
y deposita sin dolor, despacio,
los restos de tu cara en esa orilla.

Más tarde todo quedará olvidado
y miras hacia oriente y las estrellas
vacilan tenues sobre el cielo umbrío.

Escuchas los rumores del granado
rasgado por el flujo gris de aquellas
primeras emociones de vacío.

Descubre la memoria su desierto:
lugares sordos, picos minerales,
ganchos de humo que brotan vegetales
en un alud de polvo y viento muerto.

El sol transpira piedras y cristales,
pequeñas conchas de color incierto
y la mañana se abre en signo abierto,
desborda los pasillos de corales.

Y arriba en lo más alto ronda un buitre
su vuelo funeral de parda espuma,
nube suave entre hierros silenciosos.

Mientras, en las colinas de salitre
de esta tierra reseca que rezuma,
los espacios se pierden en los pozos.

Allá, a lo lejos, suena la bahía
bajo las barcas de la luz sin puerto
y respiras aquel espacio abierto
por donde corre el aire de otros días.

Todo parece el manantial de un huerto
iluminado por la verde estría
de la tarde y recuerdas todavía
las voces sordas de ese instante muerto.

Quieres decir los flujos de la luna
y desatar los últimos destellos
de la noche que cierra sus caminos.

Pero terminas bajo el garfio de una
inexplicable sensación y aquellos
deseos se derrumban sin destino.

Absorto el viejo mira
su cuerpo ahora inerte
que desciende cansado
por los pliegues del traje.

Algo le lleva voces
que transponen su cuerpo
arrullando sin fuerza
sus manos en el vientre.

Noches de compañía
prolongando la carne
sólo con ella misma.

Y sin embargo el tiempo
de otras horas regresa
a cada golpe de aire.

Poesía la mirada
en medio de su rostro
moreno de agua muda
cayendo lentamente.

A veces sonría
y unas veces sonaban
en las palmas arqueadas
contra el haz de la luna.

Podía caminar
en esas horas largas,
por islas de hierba
alrededor del lago
y decir quemaduras
o cristales de sombra.

Enarca tu desco
en las viñas del mar
cubiertas por las nubes
de una mañana intensa.

Y descansa en la sombra
de un edificio blanco
desde donde contemplas
a una mujer que mira
la oscuridad de un cuarto
cada vez más difuso
en la luz del recuerdo.

Quizá después conozcas
el tacto de otro cuerpo
que tiembla cuando sueña.

Deja los asideros engañosos del muelle,
el ancla que desciende al abismo de arena
entre los caracoles de muros tersos como
las paredes de un cuarto que no tiene salida.
Hincha tus velas hacia la marea confusa
donde los belfos de tu barco muerden distancias
que no puedes llamar de ninguna manera
porque el rumor del mar se derrumba sin viento.
Y mira crecer, cada vez más, aguas remotas
y tus ojos se llenan de corrientes sin nombre
entre las cuales nadan las ballenas del sur.
Ya no miras aquella mañana de partida,
sólo percibes el placer gradual del olvido
que disipa las sombras de aquel muelle lejano.

IX

Tengo los años de una jarra tibia de barro:
porosa, niña bajo la espesura del agua
esbelta todavía bajo el golpe del sol,
alta y creciente sobre los rumores del viento.
Pero algo suena dentro de ella todos los días,
algo replica aquella tibieza, esos rumores,
esa canción que eleva sus labios al deseo
como si fuera el trazo de un movimiento de humo.
La carne se desprende de sí misma, se afloja
en chorros amarillos de jadeo mortal,
corre por sus costados una sustancia terca.
Cómo conservar esta jarra tibia de barro,
cómo cuidarla, cómo protegerla del tiempo
que desciende implacable bajo una ola de arena.

Abres los ojos; miras: nada pasa. Silencio.
Por la ventana ruedan los espacios del cielo
y el cuarto se ilumina de presencias lejanas:
las voces de otros días, el tacto de otras noches.
Cierras los ojos; sueñas. Algo se alza en tu cuerpo
y te despeñas hacia esos flujos de río
entre la espuma piedra de ámbar disuelto en luces
y tocas las riberas más distantes del aire
y tus labios son hilos de arroyo bajo el sol.
Descansas. Duermes, tocas el borde de ningún
movimiento. Más tarde, todo parece inerte,
las ruinas de un suceso ahora incomprensible.
Pero siempre regresas y yo vuelvo a tu lado
para escuchar los valles y los huertos del agua
y sentir tu presencia que satura a la mía.

Comienza por la tarde a contar las llanuras de la luna recién
abiertas en el cielo
y toca las primeras avenidas de luz que desborda el fulgor
de Sirio sobre el alma.
No digas las estrellas, ni los meandros del río, ni la tierra en el fondo
del agua, ni los peces.
Espera, aguarda, deja que las sombras te cubran en murmullo de paños
y vuelva la memoria.

(Ahí, contra la hiedra, en el borde del muro asediado de juegos,
repites esa historia,
repites sus lugares: una calle cansada que termina sin fuerza
en cada losa sucia
y un hombre cabecea bajo el peso del sol apoyado en la parte
más alta del camino
y el aire torpe mueve su postura de anciano que señala sus venas
vacías de deseo).

Pero ese instante acaba sin reposo en ningún anaquel de tu armario
ahora carcomido
por bestias diminutas que desatan la fiesta de la muerte en tu espacio
de nubes sobre el vidrio
y tocas, poco a poco, cada objeto del cuarto para oír los manglares
que la noche descubre.
Entonces, te aproximas al destello del vidrio donde todo sucede
fugaz y casualmente.
Prolongas tu mirada hacia afuera del cuarto y los árboles crecen
más bellos todavía
bajo el influjo tórrido o de estepa del viento lunar que te adormece
más y más cada día.

